

UNIVERSIDAD POLITECNICA DE VALENCIA

ESCUELA POLITECNICA SUPERIOR DE GANDIA

Grado en Comunicación Audiovisual



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



ESCUELA POLITÈCNICA
SUPERIOR DE GANDIA

“La producción de las Narrativas Transmedia: Proyecto Daphne, un ejemplo práctico”

TRABAJO FINAL DE GRADO

Autor/a:

Jose Manuel Achica-Allende García

Tutor/a:

Margarita Cabrera Méndez

GANDIA, 2017



RESUMEN

Las narrativas transmedia son un tipo de relato que desarrolla su historia usando diferentes medios de comunicación. Los usuarios tienen una función activa, ya que el contenido que crean expande el universo original. Estas narraciones tienen unas bases denominadas identi-kits, a partir de ellas, se crea un ecosistema de medios que une a sus seguidores bajo un mismo espacio. Estos espacios se llaman mundos transmediales, que están formados por la misma comunidad de fans. El término narrativa transmedia no debe ser confundido con el crossmedia o las adaptaciones, el contenido que se crea en los diferentes medios aporta nuevas ideas y conceptos, pero nunca la misma información. Hay productos transmedia concebidos como tales desde un principio, pero otros han ido evolucionando hasta convertirse en uno. Es importante reconocerlos para saber diferenciarlos de las franquicias. Proyecto Daphne es un relato transmedia creado para explicar de manera práctica la cadena de producción de estas narrativas constituidas por formatos mediáticos y prosumidores que son atraídos mediante el engagement.

PALABRAS CLAVE

Narrativa | Transmedia | Historia | Relato | Producto transmedia

ABSTRACT

Transmedia storytelling is a type of tale that develops its story across different media. Users have an active role, the content they create expands the original universe. These narrations have a few fundamentals called identi-kids, they create an ecosystem of media that unites his followers under a same space. These spaces are called transmedia worlds, they are formed by the clanship of fans. Narrative storytelling should not be confused with crossmedia or adaptations, the content in the media contributes new ideas and concepts, but never the same information. There are transmedia products created as such from the beginning, but others have been evolved over time. It's important recognize them to know how to differentiate them of the franchises. The Daphne Project is a transmedia tale created to explain, in a practical way, the production chain of these narratives formed by media formats and prosumers who are attracted by the engagement.

KEY WORDS

Storytelling | Transmedia | Story | Narration | Transmedia product



INDICE

a. El relato.....	4
b. El gui3n del proyecto.....	4
i. Cap3tulo I.....	4
ii. Cap3tulo II.....	7
iii. Cap3tulo III.....	9
iv. Cap3tulo iv.....	15

a. El relato

La historia de Proyecto Daphne se desarrolla mediante un relato corto. En esta narración escrita, hacen presencia los personajes protagonistas del proyecto, así como las localizaciones con las que se trabajaran en un futuro. Hablamos de una historia que pertenece al género de terror y suspense con toques de acción e intriga. El contenido del relato se complementa con los tuits de los personajes en sus cuentas de Twitter y con sus fotos de Instagram, las cuales le permitirán al espectador ver todo lo que los personajes viven durante el desarrollo de la historia. Estos cuatro capítulos son la base sobre la que se construirá Proyecto Daphne.

b. El guión del proyecto

i. Capítulo I: *Estás como en tu casa*

Una tremenda explosión despertó a Ricardo de su cama al amanecer, los cristales de las ventanas se rompieron y los afilados trozos se extendieron por toda su habitación. Se levantó en seguida y miró por la ventana, aún no había mucha luz y solo veía fuego y un camión hecho cenizas empotrado contra su edificio. Ricardo se apresuró para coger su móvil que había dejado en la mesilla de noche –justo al lado de la foto de María– y llamó a la policía para denunciar aquel hecho. Las líneas estaban cortadas, nadie contestaba. Al instante llamó también a su chica, pero tampoco recibía ninguna respuesta. Probó lo mismo con su familia y más de lo mismo. Tenía que asegurarse de alguna manera de que ella estaba bien y que no le había pasado nada, después ya se preocuparía de todo lo demás.

Ricardo presionó el interruptor de la luz de su comedor, pero no funcionaba, se había ido la electricidad y la oscuridad había invadido parte de su piso. Se vistió como pudo usando la luz de su teléfono, la batería estaba en la últimas. Cogió las llaves de casa y de su coche, estaba dispuesto a saltarse todos los semáforos en rojo de la ciudad de Treco con tal de saber si María estaba bien. Salió al pasillo de su edificio, todo seguía oscuro, solo las luces de emergencia iluminaban un poco el techo y poco más. Todo estaba en silencio, era evidente que todos los vecinos habían abandonado el edificio, todos salvo Ricardo, que aún seguía allí.



Avanzó por el pasillo con cuidado, sus ojos aún se estaban adaptando a la gran falta de luz. Llegó al ascensor y apretó el botón para llamarlo, pero no obtuvo respuesta. Tenía que llegar hasta las escaleras y cuando antes, pues temía que el edificio hubiese quedado dañado de gravedad tras el accidente del camión y no quería que los cimientos se derrumbasen con él en su interior. Cuando giró por la esquina se percató de que al final de ese pasillo se podía distinguir la figura de una persona, estaba de pie y de espaldas a él. Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo de repente, ya no estaba completamente solo en aquellos pasillos oscuros.

–¡Eh! ¿Hola? ¿Está usted bien? ¿Qué ha pasado ahí afuera? –decía mientras se acercaba poco a poco.

Pero Ricardo no recibía ninguna respuesta, aquella figura tenebrosa solo hacía más que balancearse ligeramente de lado a lado como si fuera una veleta al son de la brisa. La luz intermitente de la máquina expendedora que tenía justo al lado le daba un aura de misterio y de terror que Ricardo notaba en sus huesos. Cuando le puso la mano en el hombro y este se giró, la sorpresa fue mayúscula.

Se trataba de su vecino Peter, el mismo Peter que siempre despertaba a Ricardo cada noche con los gemidos sexuales que él y su pareja exclamaban en el dormitorio. Pero Peter ya no era el mismo, su grasosa piel había desaparecido, ahora los tendones y los nervios de su cara se podían ver perfectamente. Su dentadura estaba incompleta y abundaba la sangre en su boca, todo ello acompañado por unos ojos completamente blancos que fijaron la atención directamente sobre los de Ricardo.

Peter se abalanzó sobre él con el objetivo de morderle la cara, pero este le esquivó y pudo seguir avanzando por el pasillo oscuro. Comenzó a correr y el antiguo Peter le persiguió. Ricardo encontró la señal de las escaleras de emergencia y siguió la flecha a toda prisa, aquel ser le estaba persiguiendo y la distancia entre ellos disminuía. Ricardo llegó a las escaleras, abrió la puerta con fuerza y la cerró en las narices de Peter. Puso su espalda contra la puerta que había cerrado para recuperar el aliento, al otro lado, los golpes y los gemidos –en este caso no de placer, qué digamos– se repetían una y otra vez.

Ricardo descendió por las escaleras de emergencia, su destino era el garaje, una vez allí se subiría a su coche e iría a toda prisa al piso de su novia para ver con sus propios ojos que estaba bien. Se sentía aterrado y tembloroso, le faltaba el aire, aún no sabía explicarse a sí mismo qué es lo que había sucedido en aquel pasillo. Su vecino se había



vuelto loco e intentó morderle, es lo único que sacó en claro de todo aquello. Aquel terrorífico rostro se había quedado grabado en su mente, una mezcla entre asco y nauseas jugaba en su estómago. Ya podía ver la puerta de emergencia que daba al garaje, tenía que ir con cuidado, no sabía si había más gente perturbada en aquella zona.

Abrió la puerta despacio y sin hacer mucho ruido, no parecía haber nadie por allí. Caminó lentamente hacía su coche siempre con el móvil como linterna, intentó encender la luz del garaje presionando uno de los interruptores que habían en los pilares. Obviamente ninguna luz funcionaba ya que la electricidad se había ido, un pequeño detalle que Ricardo había olvidado debido a su nerviosismo. Si no había electricidad, entonces la puerta del garaje tampoco se activaría a distancia, por lo tanto, tendría que llegar con el coche hasta la rampa, bajarse y usar las llaves para abrirla.

Expiró aliviado, suerte que había cogido las llaves antes de salir de su piso, por nada del mundo volvería a pasar por esas escaleras de emergencia. Finalmente llegó a su coche y lo puso en marcha haciendo el mínimo ruido posible, el eco del motor en marcha resonó por todo el garaje. Los faros se encendieron y condujo hasta la rampa de salida, Ricardo tenía los cinco sentidos puestos en su alrededor, la oscuridad no le dejaba ver nada a sus lados y solo se podía guiar por su intuición. Llegó a la rampa y se bajó, apresuró su paso hacía la puerta; tenía mucho miedo a la oscuridad que inundaba la escena, se sentía muy desprotegido. Tras abrirla pudo ver la calle, no había nadie, solo el camión en llamas que había impactado en su edificio.

–Suerte que no ha chocado contra la puerta del garaje –pensó.

Ricardo se dio la vuelta y empezó a caminar hacia su coche, en cuestión de minutos habría salido de aquel edificio con la mente puesta en llegar lo antes posible al piso de María. Justo cuando estaba volviendo al vehículo, empezó a escuchar el sonido de unos pasos acelerados que venían de la calle, poco a poco podía percibir como esos sonidos se acercaban hacia su posición. Se metió rápidamente en el coche y cerró la puerta, se quedó inmóvil durante unos segundos esperando a ver qué sucedía, podría tratarse de cualquiera.

De repente, apareció un grupo de personas soltando sonidos guturales que corrieron hacia Ricardo con no muy buenas intenciones. Aceleró a toda prisa y les atropelló, el cristal se tintó de rojo en cuestión de segundos; nunca antes había salido por aquella puerta tan rápido. Cuando salió del edificio se abalanzaron más personas sobre su



coche, estaba recibiendo golpes por todos los lados. Volvió a acelerar para quitarse a los atacantes de encima, uno de ellos corría al lado de la ventanilla del piloto, se podía escuchar como relinchaban los dientes sobre el cristal. Cuando Ricardo dejó atrás al tumulto, se puso en marcha hacia el hogar de María. No tenía ni idea de lo que le esperaba.

ii. Capítulo II: *Ven conmigo si quieres vivir*

El camino de Ricardo había empezado. Su primera parada sería el piso de María, la cual vivía con sus padres. Durante mucho tiempo, casi desde el principio de la relación, María siempre había querido dejar su hogar para irse a vivir con Ricardo y empezar una nueva vida juntos. Lamentablemente, el padre de María tenía problemas del corazón y ella no quería abandonarle, se sentía culpable tan solo pensando en la posibilidad de dejar sola a su madre con el problema de salud de él. Esto ha sido el causante de alguna discusión seria en la relación de Ricardo y María, al final siempre uno de los dos daba su brazo a torcer y la situación pasaba de ser tensa a ser comprensible, en realidad Ricardo no podía forzar a María a nada y menos a tomar una decisión en contra de su voluntad.

–De haber vivido juntos, ahora... –no paraba de repetirse Ricardo a sí mismo.

Pero eso daba igual ya, tenía que llegar a ella lo antes posible y pensar qué hacer luego. La ciudad de Treco ya no era la misma, la civilización se había evaporado y solo quedaban cadáveres y fuego, parecía imposible que todo aquello hubiese cambiado tan rápido en tan solo unas horas. Ricardo estaba yendo lo más rápido que podía con su viejo coche, tenía que ir esquivando toda la destrucción que encontraba a su paso, también se topaba con alguna persona perturbada que corría tras él, pero ninguna era tan rápida como para poder alcanzarle. Unos disparos se pudieron escuchar de repente entre el sonido de las llamas arder, no sonaban muy lejos. Una policía salió a toda prisa de un callejón que estaba delante de Ricardo, disparaba a un grupo de perturbados mientras corría por salvar su vida. Él no se lo pensó dos veces y aligeró su velocidad para ponerse a la altura de la superviviente.

–¡Sube! –le gritó Ricardo. Le hizo caso y la mujer se subió a la parte de atrás del coche ágilmente.

–¿Estás bien? –le preguntó a la persona.

–Llévame al puerto ahora mismo –le gritó a Ricardo mientras le apuntaba con su pistola.



–¡Eh, que te he salvado!

–Al puerto, ¡ya! –contestó ella con agresividad.

Ricardo frenó en seco y se giró cara a ella, ahora la tenía puesta en la frente.

–Mira, puedes matarme si quieres, pero no voy a retroceder ahora que he llegado hasta aquí. Tengo que saber si mi novia sigue con vida –dijo Ricardo con la boca temblando.

–Está bien, pero luego me llevarás donde yo diga –dijo la chica con los ojos vidriosos.

–Vale. Me llamo Ricardo, ¿y tú?

–Eva –respondió.

Ricardo arrancó de nuevo el coche y se puso en marcha junto a su nueva acompañante, que lucía un imponente traje de policía. Durante el corto trayecto no se dijeron nada el uno a la otra, la tensión aún era patente y los dos tenían mucho miedo. La ciudad se había ido a la mierda hacía tan solo unas horas, pero el cansancio mental equivalía a la de un mes sin dormir. Ricardo no paraba de preguntarse si María seguía con vida, no concebía un no como respuesta, su intención era salir de la ciudad juntos e irían a donde fuese con tal de salvarse de la desgracia que había caído sobre sus cabezas. Eva estaba inquieta en el asiento trasero, su mirada triste estaba centrada en la destrucción de las calles. Mientras, él iba todo lo rápido que le dejaba ir el fuego, los coches calcinados y las personas ensangrentadas que se abalanzaban sobre su coche.

–¿Qué está pasando? ¿Sabes algo? –preguntó Ricardo poniendo sus ojos sobre los de Eva a través del espejo retrovisor.

–No –respondió ella.

Eva estaba desorientada y no sabía cómo actuar ante las preguntas de Ricardo, todo había sucedido muy rápido y costaba asimilar la situación. Pero a ella no le preocupaba solo eso, había algo más que no dejaba su mente tranquila.

Solamente quedaba un giro para llegar al piso de María, el trayecto era corto, pero a Ricardo le pareció que había conducido durante toda una eternidad. No entraba en su cabeza que María hubiera perdido la vida junto a la de sus padres, si no la encontraba por casa sería porque había huido en busca de un lugar seguro. Allí estaba el edificio, intacto, pero totalmente a oscuras. La calle estaba poblada por coches abandonados.



–Quédate aquí, si ves que no salgo en un buen rato vete con el coche a donde quieras. Solo me importa ella ahora mismo. –le dijo Ricardo a Eva mientras quitaba las llaves del contacto.

–No, te acompaño. Necesitarás ayuda. –contestó Eva con determinación.

–No quiero que te juegues la vida por una causa ajena a ti –dijo Ricardo.

–Juré proteger a los ciudadanos de Treco, esa es mi obligación. –contestó Eva.

–Te lo agradezco. –dijo Ricardo aliviado.

–Agradécemelo si salimos con vida de allí dentro. –respondió ella.

iii. Capítulo III: Amar en tiempo re-muertos

Ricardo y Eva salieron del vehículo con el objetivo de encontrar a María, la cual estaría con toda probabilidad en su piso esperando a Ricardo –o por lo menos eso es lo que deseaba él con todas sus fuerzas–. El camino hasta el interior del edificio no iba a ser fácil, en el patio había unos cuantos perturbados y no parecía haber otra entrada segura que evitara el contacto con aquellas bestias. En la calle no había señales de vida humana, la luz del día estaba apareciendo poco a poco y la oscuridad dejaba de inundar Treco. Eva disponía de su pistola reglamentaria además de su típico equipo de patrulla, Ricardo no tenía nada, solo su miedo y nerviosismo.

–Es peligroso cruzar la entrada principal, solo somos dos. –dijo Eva envalentonada.

–¿No habrá alguna entrada por detrás o algo? –preguntó Ricardo.

–Eso pensaba yo, pero tenemos que pasar sí o sí por el callejón que hay al lado para llegar hasta allí. –explicó Eva mientras sacaba una bengala de la parte de atrás de su cinturón. –Voy a tirar esta bengala lo más lejos que pueda para que vayan a por ella, así podremos pasar.

–¿Pero si ya no estarán por qué no pasamos por la entrada principal y punto? –dijo Ricardo.



–Haríamos ruido, además no sabemos cuánto tiempo van a estar pendientes de la luz.
–contestó Eva elocuentemente. –En cuanto la tire cruzamos el callejón lo antes posible y sin hacer ruido, ¿entendido? Tú sígueme, saldrá bien.

Ricardo asintió con la cabeza y empezó a pensar en que cualquier cosa podría salir mal, de hecho, estaba convencido de que la iba a cagar de una forma o de otra tarde o temprano. Por suerte estaba Eva, que transmitía una seguridad y confianza que llenaban a Ricardo de esperanza. No tenían ni idea de cómo iban a reaccionar aquellos monstruos con la bengala, si eran tan primitivos como aparentaban, iban a seguir la trayectoria del lanzamiento con toda seguridad, si por una de aquellas se les ocurriese descubrir quién o quienes la lanzaron, serían demasiados perturbados para ellos dos solos. Eva encendió la bengala y la tiró apuntando al final de la calle sin pensárselo dos veces. Las bestias reaccionaron al rastro de luz que iba dejando la bengala tras de sí y se fueron corriendo a por ella, el plan había funcionado tal y como había predicho Eva.

–¡Vamos! –le susurró a Ricardo.

Ahora tenían el paso libre hasta el callejón que daba a la parte de atrás del edificio, parecía que la situación estaba controlada. Los dos atravesaron la calle de la forma más rápida y silenciosa posible y llegaron hasta el callejón, allí pararon y se aseguraron de que los perturbados a lo que habían esquivado no volviesen por el momento. Una vez seguros en el callejón, Eva sacó su pistola reglamentaria y se pegó rápidamente a la pared para tener cubierta su espalda de posibles ataques. Cogió el brazo de Ricardo y lo empujó hacia la pared justo detrás de ella para que hiciese lo mismo.

–Ahí está la puerta de atrás que lleva a las escaleras de emergencia, ¿qué piso es? –dijo Eva.

–El último, el cuarto. –contestó Ricardo.

–Pues subamos. Vigila no hacer ningún ruido, no sabemos lo que habrá allí arriba.
A Ricardo se le encogió el corazón. Eva tenía razón, lo más probable es que María ya no estuviese en casa o que ya no fuese la misma, no quería ni imaginárselo, pero poco a poco iba adoptando esa posibilidad. La puerta que daba acceso a las escaleras estaba abierta, quizás alguien habría salido del edificio unas horas antes. Tras cruzarla, empezaron a subirlas, no eran muchas, pero con el miedo y el cansancio que tenían en



el cuerpo, parecían muchas más de las que eran. Desde su posición, se podía ver la calle a través de las ventanas en los rellanos.

Pasaron la primera planta sin problemas, todo iba sorprendentemente bien, no parecía que hubiese ningún peligro acechando a la pareja de supervivientes. Ricardo se impacientaba cada vez más, estaba tan cerca y a la vez tan lejos que se sentía muy angustiado. También pasaron la segunda planta sin ningún apuro, todo marchaba según el plan. Ya solo quedaba un piso para llegar al cuarto, una vez dentro tendrían que buscar la puerta, pero eso ya vendría luego.

Cuando parecía que las escaleras del tercer piso estaban prácticamente superadas, dos cuerpos atravesaron una de las ventanas de la cuarta planta cayendo al vacío e impactando contra el suelo de la calle. Ricardo y Eva se miraron mutuamente con los ojos totalmente abiertos, sus corazones se habían acelerado tanto que parecía que se les iban a salir por la boca. De repente, unos gritos guturales acompañados por una sucesión de veloces pisadas sonaron en el cuarto piso, la calma iba a dejar paso a la tragedia de un momento a otro. Un grupo de perturbados salieron disparados por las escaleras de la cuarta planta, si Ricardo y Eva no escapaban acabarían siendo el alimento de aquellos monstruos.

–¡Por aquí, ya! –gritó Eva señalando a uno de los cuartos de limpieza que había en la planta.

Los dos se metieron dentro y esperaron a que el grupo de perturbados pasases de largo.

–Aguanta la respiración –le dijo Eva a Ricardo.

Él trato de no respirar, pero el susto que llevaba en el cuerpo le hacía temblar muchísimo.

–No aguantaré mucho –respondió Ricardo.

No podían ver lo que sucedía fuera, pero sí podían escuchar cosas. En cuestión de segundos, un montón de pisadas recorrieron las escaleras del cuarto piso hasta las plantas inferiores. Eran muy rápidas aquellas bestias, mucho más de lo que cualquier ser humano podía correr. Ricardo no quería pensar que los cuerpos que habían caído



desde la cuarta planta pertenecían fuesen los de María o los de sus padres, quería mantener la esperanza hasta el final.

–Vale, ya se han ido. –dijo Eva aliviada. –¿Qué puerta es? –preguntó.

–El cuarto A, ya queda poco. –contestó él.

Salieron de la pequeña habitación con sus corazones un poco más tranquilos y subieron las escaleras del tercer piso. Cuando ya estaban muy cerca del piso de María, oyeron un duro golpe en la planta de abajo seguido de una consecución de rápidos pasos que avanzaban hacia su posición. Eva y Ricardo tenían que esconderse lo antes posible para perderles el rastro lo antes posible. Por suerte para ellos, la puerta del cuarto B estaba abierta, así que entraron para esconderse. Cerraron la puerta intentando no hacer ningún ruido que delatase su posición, cuando lo hicieron, Eva indicó a Ricardo que se alejase de ella. La policía se quedó cerca y abrió la mirilla para observar el rellano.

Todo estaba en silencio, solo se escuchaban los rápidos pasos del grupo de perturbados subir las escaleras y el destrozo que dejaban tras de sí, si encontraban a los dos supervivientes, la historia habría acabado para ellos. Los pasos se acercaban a la puerta del cuarto B y Eva sostenía su pistola con fuerza, si entraban tendría que vaciar el único cargador que le quedaba; sus posibilidades de supervivencia eran bajas. El primer perturbado pasó por delante de la mirilla, después el segundo y después el tercero, así hasta ocho. Uno de ellos se quedó oliendo la puerta del piso donde se escondían Ricardo y Eva, la cual se tapó la boca para disimular al máximo su rápida respiración.

Un golpe sonó en la cocina de aquel piso, estaba justo al lado del comedor. Ricardo y Eva se giraron casi al mismo tiempo después de mirarse mutuamente durante un par de segundos.

–Que no sea uno de ellos, que no sea uno de ellos... –se repetía una y otra vez Eva.

El golpe se transformó en pasos lentos que se acercaban a la entrada, justo donde estaban ellos dos. En cuanto giró y apareció la causante del golpe en el comedor justo delante de Ricardo, los temores de Eva se hicieron realidad. Una mujer con los ojos inyectados en sangre y con la cara muy pálida se les quedó mirando. Le faltaba el brazo izquierdo, se le podían ver los huesos del hombro y los músculos desgarrados. Llevaba una camiseta blanca de tirantes llena de sangre reseca.



No se lo pensó dos veces y se abalanzó sobre Ricardo con todas sus fuerzas, tal y como lo había hecho su vecino Peter horas atrás. Aquella perturbada no dejaba de lanzar gritos y alaridos, si no acababan con ella pronto alertaría al grupo que habían despistado y sería el final para ellos. La mujer y Ricardo cayeron y rodaron unas cuantas veces, él intentaba esquivar los mordiscos que le quería propiciar en el cuello y en la cara. Eva no podía usar su arma pues alertaría a los otros monstruos, tenía que quitarle de encima a esa cosa cuando antes.

¡Eva...! –le susurró fuertemente Ricardo mientras intentaba separarse de la perturbada.

Eva se acercó rápidamente y la agarró por detrás con todas sus fuerzas. La levantó del suelo y la puso de pie mientras la sujetaba por la espalda. Ricardo tomó aire durante unos segundos y luego se levantó ágilmente, tenía que encontrar un objeto contundente para acabar con el monstruo antes de que intentase morder también a su compañera. Miró a su alrededor buscando algo pesado en ese comedor que hiciese daño de verdad. Se fijó en los adornos que había en la mesa, justo en medio había un objeto cuadrado que parecía ser de acero. Se acercó hasta él, lo cogió y con todas sus fuerzas le pegó a la perturbada directamente en la cabeza. Calló redonda al suelo y Eva pudo alejarse, el golpe fue lo suficientemente fuerte como para matar a cualquiera.

Ricardo no se podía creer lo que acababa de hacer, pese a que esa mujer ya no fuese una persona normal, era el ser humano más real al que había golpeado nunca. Miró el adorno, el cual estaba manchado de sangre, y luego su ropa, que también lo estaba, no podía creerse lo que acababa de hacer. Eva suspiró, le dio las gracias y se acercó poco a poco hacia la puerta del piso para asegurarse de que no había alertado a ningún monstruo más. Mientras, Ricardo seguía reponiéndose de su sangrienta experiencia.

–Creo que no hemos alertado a ninguno. –dijo Eva aliviada. –Salgamos con cuidado.

Salieron del piso mientras Ricardo echaba la vista atrás. Había matado a una persona, o por lo menos a una que lo fue una vez. La puerta del cuarto A estaba más cerca que nunca, si todo salía bien, Ricardo y María se fundirían en un abrazo y se comerían a besos, luego pensarían en el siguiente movimiento.

Ricardo sentía muchas nauseas en su estómago y estaba algo mareado, habían pasado ya algunas horas desde que saliese de su piso y no se encontraba muy bien. Eva seguía delante de él y guiaba el paso, ella abriría la puerta y con mucho cuidado, explorarían la casa; no podían saber qué había dentro de aquel piso con seguridad.



–¿Tienes la llave? –le preguntó Eva a Ricardo.

–Sí, la llevo en la funda del móvil. –contestó él.

Cuando entraron, una sensación de alivio le recorrió el cuerpo a Ricardo, pues la casa no parecía destrozada ni saqueada. Todo estaba en orden salvo algunos armarios y cajones abiertos. En la mesa del comedor había varias latas de comida, así como unas cuantas cajas vacías de medicamentos y analgésicos.

–Llámalas, pero no levantes mucho la voz. Todavía pueden descubrir donde estamos. – le dijo Eva con el temor de que no le hiciese caso a su advertencia.

Tras asentir con la cabeza se dispuso a hacer lo que ella le había pedido.

–¿María? ¿Estás aquí? –dijo Ricardo conteniendo su emoción.

Nadie contestó a su llamada desde el comedor, así que se dispusieron a explorar la casa. Ricardo tenía sentimientos encontrados, por una parte, estaba asustado porque nadie había respondido a su llamada, pero por otra, se sentía aliviado puesto que probablemente María estaba bien escondida y no se fiaría de ninguna voz, ni tan siquiera las que le resultase familiares.

Eva miró en la habitación de sus padres, pero ninguno de los dos estaba. Ricardo se separó de ella para entrar en su cuarto, el lugar en el que habían pasado noches fantásticas. Las paredes eran blancas menos una, que era naranja, su color favorito. La cama estaba perfectamente hecha con sus cojines puestos por tamaños y colores, siempre había estado muy concienciada con el orden fuese a donde fuese. Encima del escritorio estaba su portátil, una lámpara negra y su vaso con lapicaros y rotuladores de trabajo, pero nada más. No estaba escondida en el armario, ni debajo de la cama, ni en ningún sitio. Ricardo empezaba a preocuparse, ¿dónde podía haber ido ella y su familia?

–Ricardo, ven. –le dijo Eva asomándose desde la puerta de la habitación de María.

Él se giró y la siguió hasta el baño. Había una nota manchada de sangre pegada al espejo que decía “*Ricardo, nos llevan a Islacerrada*”. Ricardo se quedó mirando la nota boquiabierto. Un mar de dudas empezó a inundar su mente... ¿La había escrito María? ¿Quién les habían llevado? ¿El ejército? Empezó a mirar hacia todos lados del baño, estaba muy nervioso y quería respuestas urgentemente.



–¿Qué hacemos ahora? ¿Estará bien? Joder, joder, joder... –dijo Ricardo desesperadamente.

–Eh, tranquilo. Sabemos dónde se encuentra y que está viva. Aún podemos encontrarla. –le respondió Eva tranquilizándolo. –Yo quería ir a esa isla antes de encontrarte. Allí hay un cuartel militar, puede que hayan llevado allí a los supervivientes.

–Eva, necesito tu ayuda otra vez. Tengo que encontrarla sí o sí. –le contestó él.

–Ahora nos dirigimos al mismo destino. Te ayudaré, no te preocupes. –dijo Eva.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Ricardo. Había estado tan cerca que no se lo podía creer. Estaba desesperado y desorientado, su mareo había aumentado. Pensó en la cena que habían tenido la noche anterior al desastre y se llenó de esperanzas. Era hora de partir hacia Islacerrada. Su odisea no había hecho más que comenzar.

iv. Capítulo IV: Punto y aparte

–Teníamos un pequeño barco con el que íbamos a pescar mi padre y yo en el embarcadero. Si no se lo han llevado todavía, seguirá allí. –dijo Eva con esperanza.

Ricardo conducía rumbo al puerto de Treco cabizbajo. Estaba cansado y destrozado moralmente por no haber encontrado todavía a María. Sabía que podía no estar en su casa o, simplemente, muerta, pero nunca quiso atenerse a la lógica. Ahora avanzaba por las calles de una ciudad arrasada esquivando filas de coches y cadáveres medio devorados. De vez en cuando aparecía algún loco persiguiendo el coche, pero no suponían un peligro estando dentro del habitáculo. Ricardo les empezaba a odiar con fuerza, ya no se sentía tan culpable consigo mismo por haber matado a una de esas cosas en el edificio de María. Eva estaba a su lado revisando el inventario de su cinturón. No le quedaban cargadores, tan solo tenía unas cuantas balas en su pistola reglamentaria. El acrónimo del Departamento de Policía de Treco que lucía su uniforme en la espalda estaba manchado de sangre, al igual que la placa que llevaba en el pecho. Casi parecía una metáfora. Estaba claro que Eva tenía tantas ganas o más que Ricardo de llegar a Islacerrada, algo dentro de ella le pedía a gritos que cerrase su pasado, un pasado que le seguía llenando de rabia y de odio.

El puerto no estaba lejos, Treco no era tan grande al fin y al cabo. Ricardo y María ya habían tenido alguna cita nocturna por aquel lugar. A ella le fascinaba como se reflejaba la Luna sobre el agua dibujando formas, parecía que bailase. Le inspiraba mucho para



su trabajo, Ricardo nunca sabía de donde sacaba todo su ingenio. Era realmente buena en su haciendo lo que hacía. De hecho, le diseñó la carátula del disco que iba a grabar Ricardo. Ahora ya no sería lo mismo sin ella, los recuerdos de las quedadas en el puerto ya estaban muertos. Él no tenía otra cosa en mente que coger la embarcación de la familia de Eva y zarpar cuanto antes.

–Ya estamos. –dijo Ricardo resignado.

–Bien. Veamos si el barco sigue aquí.

El embarcadero estaba desértico. No había nadie, ni siquiera las gaviotas o las ratas. Habían muchas pisadas por el suelo de madera que habían dejado rastros de sangre. No había ni una sola embarcación, o se las habían llevado o estaban hundidas.

–No hay ninguno amarrado –dijo Eva mirando a su alrededor. –Es imposible que hayan desaparecido todas de golpe.

–Pues parece que sí. –contestó desanimado Ricardo.

–Espera... Creo que... Es ese. –dijo Eva señalando un barco alejado del puerto.

–¿Qué hacemos? –preguntó Ricardo.

–¿Sabes nadar? –le replicó Eva.

Ricardo asintió con la cabeza y se pusieron al borde del embarcadero. Era imposible ver el fondo, cualquier perturbado que se hubiese quedado en el fondo del mar les podría atacar o morder. Evidentemente no era la solución más lógica pero no les quedaba otra si querían llegar a la isla. Eva parecía dispuesta a cualquier cosa, siempre decidida a dar el paso antes que nadie. A Ricardo le asustaba incluso, pero suponía que era lógico pensando en el trabajo con el que ella se ganaba la vida. Él no estaba hecho para la supervivencia. Echaba de menos sus sintetizadores y sus vinilos, en parte sentía lástima por ellos porque le costó mucho pagarlos y ya no sabía si volvería a su hogar. Quien sabe, igual su vecino Peter se aburría y empezaba a tocarlo. Eva se metió la primera en el agua y comenzó a flotar.

–Te toca. Está muy fría. –advirtió.

–Vale –contestó él mientras se preparaba para meterse también.



El barco no era muy grande, pero desde fuera se podía observar que estaba en perfectas condiciones para zarpar en cualquier momento. Ninguno de los sabía qué podía haber allí dentro, tan solo el hecho de que estuviese allí mismo, en medio del mar, ya era una razón para estar asustado.

–No te pares o cogerás una pulmonía. –le dijo Eva a Ricardo mientras empezaba a nadar hacia la embarcación.

Ricardo se metió rápidamente en el agua para pasar rápido el mal rato. Sentía el frío en su piel y en sus huesos, sentía que le faltaba la respiración. Empezó a mover rápido los brazos y las piernas para que no se entumeciesen sus extremidades. Después de unos minutos avanzando sin parar, llegaron al barco. Las escalerillas estaban bajadas y podían subir sin problemas. Eva y Ricardo las subieron mientras luchaban contra el frío que habían acumulado en sus extremidades.

–Asegurémonos de que no hay nadie más aquí dentro. –dijo Eva.

Ricardo, una vez más, se puso detrás de ella y siguió sus pasos en busca de peligros. El barco se balanceaba y Ricardo sentía de nuevo las náuseas que había dejado atrás en el piso de María. Solo se había subido en uno o dos embarcaciones a lo largo de su vida. El suelo del navío estaba pegajoso, les costaba andar de forma fluida. Eva iba mirando por todos los lados mientras avanzaba poco a poco, conocía el barco y eso se notaba. No había signos de violencia abordo, todo estaba en calma. Cuando giraron hacia la parte del camarote, la puerta estaba abierta de par en par. Una huella ensangrentada de lo que parecía una persona estaba marcada en ella, alguien había entrado en su interior. Los dos supervivientes avanzaron cuidadosamente hacia ella y entraron dentro. Había unas escaleras metálicas que bajaban hasta el camarote. Eva portaba su arma casi sin munición, Ricardo se conformaba con sujetarse a la barandilla que descendía hasta abajo. Se podía escuchar como alguien estaba removiendo los armarios que había en la cocina. Cuando acabaron de bajar las escaleras, vieron a una persona de espaldas a ellos buscando suministros por los compartimentos de la cocina. Eva levantó su arma y le apuntó.

–¡Deja lo que estés haciendo! –exclamó Eva.

La persona se giró asustada y levantó los brazos instantáneamente. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años que llevaba un vendaje manchado de sangre en su pierna derecha. Les miraba de forma muy intensa y sufría espasmos por todo el cuerpo.



–¡No dispaes! Me han mordido, estoy buscando medicinas. –dijo el extraño.

–Pues ya te puedes largar, aquí no hay nada. –respondió Eva.

–Estoy herido. Necesito algo, lo que sea. Por favor... –contestó tristemente.

–Se le ve mal. Solo necesita ayuda. –le susurró Ricardo a Eva en el oído.

–No podemos fiarnos de nadie. No sabemos quién es ni lo que quiere. –contestó Eva mientras miraba fijamente al desconocido.

–No llevo armas encima, de verdad. –dijo el desconocido mientras comenzaba a bajar los brazos lentamente.

–¡No bajes los brazos! –volvió a gritar Eva.

Una mujer apareció de repente por detrás de los dos y cogió a Ricardo por la espalda. Le puso un cuchillo en el cuello.

–¡Suelta el arma! –le gritó la mujer a Eva.

Eva no se lo pensó demasiado y la bajó. El extraño se acercó a ella y se la quitó para golpearla en la cabeza, después hizo lo mismo con Ricardo. Los dos supervivientes estaban tendidos en el suelo inconscientes. El sonido de unos disparos despertó a Ricardo de golpe. Estaba en maniatado justo al lado de Eva, que aún no se había despertado. Los disparos venían de fuera y desde la cocina le resultaba imposible ver quien los estaba realizando. A su otro lado yacía muerta la mujer que anteriormente estuvo a punto de degollarle. Había sufrido disparos por todo el cuerpo. Del extraño no había ni rastro, pero Ricardo supuso que era una de las personas envueltas en el tiroteo que se estaba realizando en la parte de arriba del barco. Ricardo intentó levantarse, pero solo podía ponerse de rodillas. No solo tenía atadas las manos a la espalda con una brida, también tenía una rodeándole los tobillos que le impedía ponerse en pie. Ricardo zarandé a Eva para que se despertase, pero no obtenía respuesta. No sabía qué hacer, así que se puso de rodillas y avanzó arrastrándola con él como pudo mientras se aproximaba a trompicones hacia las escaleras. El cadáver del hombre desconocido rodó por ellas violentamente hasta llegar abajo y con él, los disparos dejaron de sonar. El tiroteo se había acabado, pero el peligro continuaba para los dos. Estaban indefensos contra los atacantes armados. Si pretendían asesinarles lo iban a tener muy fácil allí tirados en el suelo. En medio del silencio que se había creado después del estruendoso



tiroteo, unos pasos comenzaron a descender lentamente por las escaleras. Ricardo sentía los fuertes latidos de su corazón en su boca. El cadáver del hombre desconocido volvió a abrir los ojos de repente y exclamó un fuerte alarido. Una bala le impactó en la cabeza y volvió a morir. No podía creer lo que acababa de ver. ¿Eso es lo que hacía la enfermedad? ¿Revivía a los muertos?

Un grupo de militares apareció tras descender las escaleras. En cuanto el grupo armado con ametralladoras vio Ricardo, no dudaron en apuntarle.

–¡No se mueva! –dijo uno de los soldados.

–¡No me han mordido! ¡No me han mordido! –repitió Ricardo mientras intentaba levantarse para demostrar que no iba armado y que no le habían mordido.

El soldado reaccionó instintivamente al movimiento brusco de Ricardo y le disparó en el hombro. El superviviente gritó de dolor mientras una voz autoritaria resonó dentro del barco.

–¡Alto el fuego, son civiles! –dijo la voz.

–¡Sí señor! –respondió el soldado que había disparado.

Un hombre se abrió paso entre el grupo de militares y apareció delante de Ricardo.

–Lléváoslo arriba. –dijo el hombre.

Eva ya estaba abriendo los ojos poco a poco. Podía apreciar la figura de un hombre alto y corpulento que estaba agachado delante de ella. Puso su mano sobre la mejilla de Eva mientras una expresión de sorpresa invadía su rostro.

–¿Eva...? –dijo sorprendido el hombre.

Eva terminó de abrir los ojos y le costó reconocer la cara de aquella persona debido al fuerte golpe que le habían propinado en la cabeza anteriormente.

–¿Papá? –dijo desorientada.

Él se alzó y se giró hacia su escuadrón.

–Subidlos a los dos y ponedlos a salvo. Se vienen con nosotros a Islacerrada.